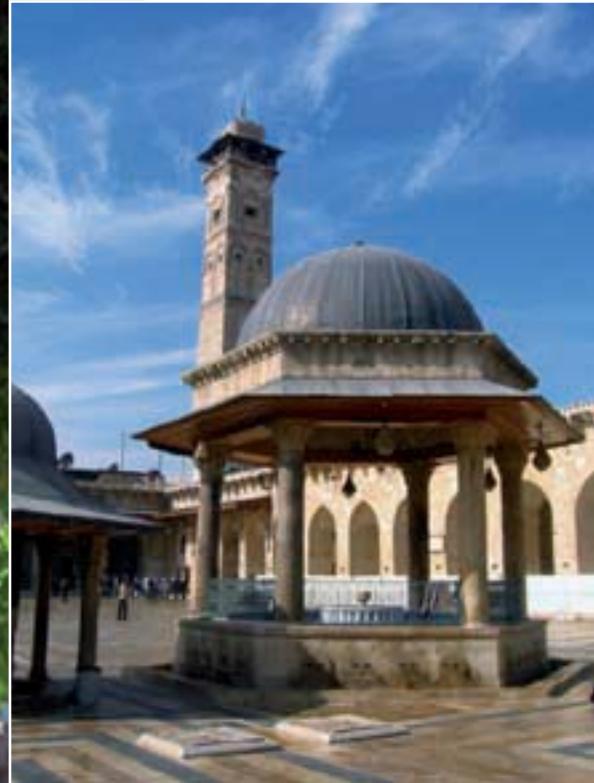


# Siria:

**cruce de civilizaciones**



Cuando el gran faraón Amenofis III —hacia la mitad del Siglo XV a.C.— celebró su gran festival de jubileo real en su palacio de Tebas, una de las más importantes embajadas que llegó hasta la capital de Egipto fue la de sus aliados los príncipes de las ciudades sirias. Ataviados con sus características barbas y suntuosos ropajes, venían como portadores de ricas ofrendas para su señor y protector el Faraón de Egipto.

Efectivamente desde su más temprana historia, Siria, una tierra a medio camino entre las fértiles costas mediterráneas y los inmensos desiertos de Arabia y cruzada por los caudalosos ríos Éufrates y Orontes, nunca tuvo unas fronteras bien delimitadas con exactitud, ni formó un estado unificado aunque sí poseyó una personalidad propia en todo el Medio Oriente. De hecho, sus fértiles tierras de labor, bosques y prósperos puertos comerciales atraeron desde antiguo a sus poderosos vecinos, pasando Siria a formar parte de los distintos imperios que se sucedieron en esta zona durante siglos: acadios, mitanios, egipcios, hititas, asirios, babilonios, persas, macedonios, romanos, bizantinos, árabes, cruzados, turcos y más recientemente franceses hasta su total independencia como república unificada en 1946.



Todas estas sucesivas colonizaciones políticas y culturales sobre un pueblo cuya fama de pacífico y próspero ya venía de muy antiguo, han conformado una herencia monumental y variada como haya pocas en el mundo, convirtiendo a Siria en uno de los países más atractivos para visitarlo, donde el viajero quedará sorprendido al recorrer sus sorprendentes contrastes y grandiosas huellas de su pasado. Un país amable, hospitalario y grandioso, no por su tamaño sino por situarse en el corazón de una tierra con una historia que se remonta a los comienzos de la misma civilización humana, sirviendo de nexo de unión entre tres continentes: Asia (Mesopotamia, Persia e India), Europa (Grecia y Roma) y África (Egipto).

Al hacer un breve repaso a tantos siglos de Historia, deberemos comenzar remontándonos a fechas tan tempranas como la 1ª mitad del III Milenio a.C., justo cuando en Egipto los faraones de la IV Dinastía levantaban sus pirámides y en el Sur de Irak se desarrollaba la civilización sumeria, a orillas del río Éufrates en la ciudad de Mari sus reyes residían en grandiosos complejos palaciales cuyas ruinas aún sorprenden; y más cerca de Mediterráneo, en Ebla –uno de los últimos y más grandiosos descubrimientos de la Arqueología– sus reyes mantenían una de las más completas administraciones conocidas en cuyos archivos miles de tablillas de escritura cuneiforme fueron halladas junto a los estantes donde se colocaban tras anotar a diario los apuntes de proveedores y gastos relativos a la administración del Estado.

Este pueblo minucioso, práctico, responsable, siempre tuvo fama de buen comerciante y administrador y por ello no es de extrañar que hacia el año 1.200 a.C. apareciera el primer alfabeto conocido en uno de los puertos comerciales más activos de la Antigüedad: Ugarit. Situado en la costa siria, las ruinas de su palacio y murallas continúan sorprendiendo al viajero y desde aquí se exportaban a todos los rincones del Mediterráneo productos manufacturados de gran calidad. Por ello, para facilitar el entendimiento con tantas lenguas diferentes, los escribas y administrativos del palacio idearon un sistema con el objetivo de facilitar las transacciones comerciales y el cierre de tratos con otros pueblos. Este invento, sería recogido por los fenicios siglos después y una vez perfeccionado sería extendido por el



Mediterráneo hasta la lejana Península Ibérica.

Pero a su vez, los sirios tuvieron que soportar la influencia de otros pueblos que por sus tierras pasaron y les conquistaron, aunque adaptando esa influencia a su propia idiosincrasia. Así el resultado fue la aparición de logros artísticos, culturales y económicos muy singulares. Por ello, uno no puede por menos de maravillarse ante el desarrollo y magnitud por ejemplo de las ciudades desarrolladas bajo el dominio griego y romano. Ahí tenemos las sobrecogedoras ruinas de ciudades tales como Apamea, la cuarta ciudad en tamaño del Imperio Romano, Bosra, con su gigantesco teatro o Palmira con sus largas avenidas de columnas y grandiosos templos levantados en el desierto junto a un oasis y que fue capaz de poner en aprietos a la misma Roma, convirtiéndose en su rival y dispuesta a competir con ella en magnificencia y grandiosidad.

La situación de Siria, cruce estratégico de caminos y caravanas, aumentó con su incorporación al mundo islámico y tras convertir a una de sus ricas ciudades –Damasco– en la capital del primer imperio musulmán de la Historia: El Califato Omeya. Así, Siria pasó a controlar la nueva fe que se extendió rápidamente desde la Península Ibérica (Al-Andalus) hasta las riveras del Indo (Pakistán). De hecho cuando tras la caída de la familia Omeya el califato desaparece y se traslada a Bagdad, el último superviviente Abd Al Rahmán huye a España y sus herederos convierten a Córdoba en la sede de un nuevo califato omeya apoyado por toda una élite siria de ministros, ingenieros, artesanos, médicos y sabios. Por ello no nos puede extrañar que hasta las mismas murallas del Madrid medieval –hoy visitables junto a su catedral– sean tan sirias en su diseño como las de la misma Damasco



y la famosa Mezquita de Córdoba sea la joya gemela de su antecesora la gran Mezquita de Damasco cuya riqueza y grandiosidad la convierten en una de las más bellas del mundo como lo atestiguan su profusión de mosaicos bizantinos dorados que decoran sus muros, superando en belleza a la misma Santa Sofía de Constantinopla (Estambul).

Siria, siempre codiciada, no tuvo después mucho tiempo de paz y pronto se convirtió en escenario bélico de nuevos invasores, esta vez venidos de Occidente: los Cruzados. Así durante algunos siglos Siria quedó dividida por la fuerza de la fe y de las armas entre reinos cristianos junto a la costa y musulmanes al interior. Siendo un permanente campo de batalla entre los reyes cristianos de Francia o Inglaterra y los caudillos como Saladino a las órdenes del Califa abassida de Bagdad. Y de nuevo por los mismos caminos que siglos antes recorrieran los ejércitos de Ramsés II, Darío o Alejandro, las tropas

francas o inglesas de Ricardo Corazón de León intentaron apoderarse de ciudades y campos con la excusa de mantener cristiano Jerusalén y los Santos Lugares, salpicando Siria de una de las más completas redes de fortalezas y castillos cuya conservación aún asombra: Crac de los Caballeros, Castillo de Saladino, Marqab, etc. Estos castillos, verdaderas obras de ingeniería, se mantienen en un sorprendente buen estado de conservación y forman ya parte de la herencia cultural de Siria superando a los de la vieja Europa por su número y monumentalidad.

Una vez expulsados los caballeros de la Cruz de esta tierra, los sirios continuaron dedicándose a su profesión favorita: el comercio. Y aunque el destino final de sus productos se desvió al nuevo centro de poder, a Estambul donde los turcos y su sultán gobernaban su gran Imperio del que Siria formaba parte, supieron prosperar y en sus principales ciudades como Damasco

o Aleppo, construyeron maravillosos palacios ricos en decoración. Aquí fue donde este pueblo habilidoso y artesano plasmó lo mejor de su arte. Y tal fue su prestigio que aún pervive incluso fuera de Siria una de sus famosas técnicas artesanales –el Damasquinado– en la misma ciudad castellana de Toledo, hoy día de fama mundial.

De este modo no puede dejar de sorprendernos que aún hoy día pasear por el gran bazar de Damasco o de Aleppo –este último con más de diez kilómetros de pasillos y galerías techadas– constituya una de las más excitantes experiencias para el viajero occidental acostumbrado a los hipermercados y grandes superficies. Así mismo, los zocos de Aleppo y Damasco aún conservan en perfecto estado hasta los Caravanserai, edificios singulares donde las monturas de las caravanas descansaban y los mercaderes se alojaban y vendían sus productos: especias de Yemen, incienso de Arabia, alfombras de Persia e India, cristal de Samarcanda, oro de Egipto y Etiopía, etc.

Todavía hoy en día tenemos la oportunidad de recorrer este país a punto de caer en la masificación turística, como un viajero de antaño y disfrutar recorriendo sus monumentos, charlar con la gente en un viejo café o saludar a los niños de cualquier pequeño pueblo en el camino que se acercarán a nosotros con timidez y alegría y una perenne sonrisa en los labios como quien considera una suerte saludar a un extranjero y un honor ofrecerle su hospitalidad. Un pueblo mediterráneo, sabio y noble que formó parte de nuestra historia española y cuyas costas baña nuestro mismo y querido mar Mediterráneo.

**José Ángel Gutiérrez**  
Arqueólogo  
Fotos: MAFER

